

Artículos centrales

Hilos y mechas: perplejidad, crítica y resistencia.

María Pia López^a

Fecha de recepción: 16 de septiembre de 2024
Fecha de aceptación: 24 de septiembre de 2024
Correspondencia a: María Pia López
Correo electrónico: mplopez@campus.ungs.edu.ar

a. Socióloga, Doctora en Ciencias Sociales y docente Universidad de Buenos Aires. Investigadora docente en la Universidad Nacional de General Sarmiento. Ensayista y escritora.¹

Resumen:

Se aborda el presente político y social marcado por un retroceso de políticas igualitarias y una normalización de la crueldad. Se destacan actos de represión y un tratamiento deshumanizante hacia sectores vulnerables, mostrando un cambio en los umbrales de tolerancia. Esta violencia no solo es física sino también simbólica, manifestada en el lenguaje que circula en medios y redes sociales, y que reduce el discurso a expresiones de dominación y jerarquía.

El experimento anarco-capitalista que se impulsa en Argentina pretende desmontar estructuras estatales que protegen lo social, favoreciendo una lógica de mercado que prioriza el lucro sobre la vida y las condiciones dignas. En este contexto, se ataca a movimientos como el peronismo, el feminismo y los derechos humanos, tachándolos de "obstáculos" para la "libertad". Estos movimientos, aunque esenciales para la justicia social, también presentan limitaciones y contradicciones internas, que deben revisarse para fortalecer las resistencias.

Finalmente se insta a reconstruir lo común a partir de las "ruinas" del pasado, no como nostalgia, sino como cimientos para nuevas luchas y un compromiso ético, que apueste por un porvenir de justicia, cuidado y resistencia ante la crueldad sistémica.

Palabras clave: Crueldad - Violencia simbólica - Refundación de lo común.

1. Su último libro es Travesía. Jugar con maldón. EME Ediciones

Summary

The political and social present is addressed, marked by a decline in egalitarian policies and a normalization of cruelty. Acts of repression and dehumanizing treatment of vulnerable sectors are highlighted, showing a change in the thresholds of tolerance. This violence is not only physical but also symbolic, manifested in the language that circulates in the media and social networks, and that reduces discourse to expressions of domination and hierarchy.

The anarcho-capitalist experiment that is being promoted in Argentina aims to dismantle state structures that protect the social, favoring a market logic that prioritizes profit over life and decent conditions. In this context, movements such as Peronism, feminism and human rights are attacked, labeling them as "obstacles" to "freedom." These movements, although essential for social justice, also present limitations and internal contradictions, which must be reviewed to strengthen resistance.

Finally, there is a call to rebuild the common from the "ruins" of the past, not as nostalgia, but as foundations for new struggles and an ethical commitment, which bets on a future of justice, care and resistance to systemic cruelty.

Key words: Cruelty - Symbolic violence - Refoundation of the common.

Introducción

“El tiempo no desarrolla el relato, el progreso de un ‘hilo liso’:... ‘se trata de una cuerda muy deshilachada y separada en mil mechas, que cuelga como trenzas deshechas; ninguna de esas mechas tiene un lugar determinado antes de que todas sean retomadas y enlazadas en un peinado’.”

Georges Didi-Huberman. *Ante el tiempo*. (entretrejiendo sus palabras con las de Walter Benjamin)

Una serie de aproximaciones. Unos rodeos, porque a veces es tiempo de desplazar sobre lo que ocurre una mirada oblicua o entrecerrar los ojos, o escuchar lo que rumorea en sordina. Tanteos, entonces, antes que certezas, acerca de un presente político que se nos presenta como escenario poblado de ruinas, algunos jeroglíficos, figuras inéditas, voluntades de devastación y otras devastadas. Hablo de la escena política, pero también la social, en la que nuevas y viejas formas del daño sobre la vida se acumulan, para dar paso a un retroceso temible de todos los esfuerzos por generar políticas igualitaristas allí donde reina la desigualdad de mercado. Entonces, a tratar esta escena a partir de algunos hilos,

que se irán entretrejiendo. O de algunas imágenes, cuyo montaje tendrá el ritmo tembloroso de nuestro propio desconocimiento.

La palabra que insiste, para pensar el presente, es crueldad. Asistimos a un renovado exhibicionismo de actos crueles, que ya no son ocultados sino expuestos, reclamados a modo publicitario o como halo de legitimación para las políticas gubernamentales. Reprimen, duramente, a jubilados/as que protestan frente al Congreso de la Nación. Circulan en redes sociales las imágenes de personas golpeadas, gaseadas, tiradas en el piso, bañados sus rostros en leche para atenuar el impacto del gas. En algunos casos, se reproducen para denunciar al gobierno que reprime a las personas mayores. En otros, para festejar y burlarse de esos rostros sufrientes. El presidente de la nación reposteá estos últimos como burla hacia quienes padecen y apología de la crueldad. No podríamos considerar inocuos esos ejercicios, que van produciendo acostumbamiento, modifican los umbrales de aceptación y tolerancia, hacen decible lo indecible. Por ejemplo, que se puede violentar a viejas y viejos, no sólo privándolos de medicamentos, de acceso a un haber jubilatorio suficiente, sino reprimiéndolos con saña cuando se movilizan. ¿Qué pedagogía social están

llevando adelante? Se trata de expandir el miedo, pero no sólo, también de sentar las bases de una convivencia social en la que se han retirado todos los artilugios de cuidado, para dejar el trato en el plano más brutal.

La crueldad no es, entonces, un desliz, sino núcleo de la estrategia que siguen, que se acompaña con un tratamiento específico sobre la lengua, que es capturada y reducida a sus enunciaciones más torpes. Un puñado de palabras es seleccionado y puesto a circular para interpretar todas las situaciones. Así, las personas son domadas y algunos sujetos son chad, porque no hay imagen que circule que no sea jerarquizante y portadora de una violencia intrínseca: lo que se narra siempre son escenas de dominación, sujeción, dominio. Es una lengua que no sólo cultivan los seguidores del gobierno, sino que se extiende como líquido corrosivo sobre toda la comunicación, haciendo primar los tonos altos, suprimiendo los argumentos para construir sobre sus restos unos enunciados escandalosos que permitirán la repetición espantada o entusiasta. La lengua no sólo es aplanada sobre la tautología, sino puesta en un funcionamiento que rezuma violencia. Más en los medios de comunicación y en las redes sociales que en el trato cotidiano, porque la vida urbana todavía tiene muchísimas aristas de cordialidad y una lengua que se retira del maltrato. Pero en otras zonas, en las que se busca el aplauso o la repetición, el éxito fácil de la réplica o el grito destemplado que se grabará en las retinas del espectador, la lengua se estruja sobre la negación de la diferencia y sobre la persecución de lo preciso en nombre del trazo grueso. Ni siquiera porque responda a la enemistad de los antagonismos, porque eso mismo puede darse mientras se preserva cuidado de lo que se dice, sino porque la forma sustituye al contenido y lo que se pone en primer plano es la potencia replicante de la brusquedad.

Si la crueldad es un tono del presente, esa lengua aplastada en la brutalidad es su banda sonora. No son separables. Pliegues del mismo movimiento. En 2014, se montó la muestra *Diarios del odio*, de Roberto Jacoby y Syd Krochmalny. Habían buceado en los bajo fondos de los foros de lectores de los diarios *Clarín* y *La Nación*. Allí se atropellaban comentarios que enlazaban insultos, formas soeces, llamados a la aniquilación: algunos soñaban con un balazo en la cabeza para los negros, otros con que la exterminada fuera la presidenta. Esa obra fue libro, una suerte de poemario que encontraba su ritmo en el horror; y luego una obra de teatro performática dirigida por Silvio Lang, que enlazaba ese repique salvaje con una musicalidad de pastoral evangélica. Aún no

habían ganado Trump, Bolsonaro ni Milei y esta serie de obras que llevaban el título *Diarios del odio* anticipaban su forja y nos permitían escuchar los latidos de lo que se incubaba en los nuevos fascismos: la hostilidad social, la resolución cada vez más violenta de los conflictos, la crueldad puesta en la lengua como anticipación o realización de la que se espera sobre los cuerpos. Quizás no prestamos suficiente atención a lo que esas obras exponían, a esa alarma que las recorría, o no pudimos construir las defensas necesarias para que los agraviantes ataques contra la convivencia social y política no resultaran triunfantes.

Jean-Pierre Faye es autor de una obra extraña, llamada *Los lenguajes totalitarios*. En ese libro analiza los desplazamientos producidos en la lengua política, en los años previos al nazismo. Con la hipótesis de que la *shoa* fue posible en la realidad de los campos de concentración y las cámaras de gas, porque antes había sido trazada su decibilidad: la aniquilación había sido alojada en la lengua. Mientras el nazismo producía esa catástrofe, Víctor Klemperer, desde la clandestinidad de su encierro, escribía *La lengua del Tercer Reich*. Registraba, a partir de las publicaciones en los diarios y los discursos políticos, los cambios de sentido, las innovaciones, la conversión del alemán en un idioma del genocidio. Esos esfuerzos muestran que la lengua no se trata nunca como superficie neutral, con instrumentos descriptivos que sólo vendrían a constatar un uso u otro; sino que la lengua es el plano de una elaboración política fundamental, allí donde se expresa la construcción de lo común, de una visión de lo social y de sus posibilidades. También nos obliga a recordar que hay un esfuerzo, no menos político, en sostener otros modos de la lengua, su respiración metafórica, su dispendio poético, su apertura imaginativa, su cuidado pacifista, su posibilidad cordial en el trato de la adversidad.

La crueldad es el plano espectacular de un tratamiento de shock, cuyo fin rodea y amplifica ese hacer, en una combinación de mecanismos seleccionados con frialdad. Porque si la crueldad como goce intolerable fue narrada por Osvaldo Lamborghini en “El niño proletario”; como desmesura planificada fue recogida en los testimonios compilados en el *Nunca más*; se convierte en ambiente en el que es posible decir que es mejor no dar un plato de sopa al hambriento, para que esté obligado a esforzarse. Pero también, desde la Carta a la Junta militar escrita por Rodolfo Walsh en 1977, no se puede olvidar que la crueldad se imbrica con -está al servicio de, escribía él- un crimen social, con la transformación

de la economía y, fundamentalmente, con el cambio de la porción de la riqueza social que va a manos de las clases trabajadoras. Así, la crueldad aparece en el corazón de la acumulación del capital. No deberíamos decir: *aparece*. Porque sabemos que el capitalismo nace chorreando sangre y lodo, explotando niños y niñas hasta la muerte, sojuzgando poblaciones originarias en toda América, regando el Atlántico de vidas africanas capturadas para la maquinaria esclavista. La crueldad es hilo rojo que recorre geografías, que organiza prácticas, que educa a víctimas y victimarios, que expande el horizonte de la acumulación, que desparrama inhumanidad por doquier pero también que constituye zonas de sacrificio de todas las especies. Muchas instituciones y políticas se erigen, históricamente, contra la crueldad, por eso ese hilo rojo se deshilacha, se soterra, se condena.

El experimento anarco-capitalista es el del retorno a las condiciones más crudas de la acumulación, por eso no desdeña poner en escena la crueldad, legitimarla y expandirla. Su momento idílico es aquel en que no había una institucionalidad que se aboque a la reproducción de las condiciones de la vida. Flora Tristán escribe sus *Paseos por Londres* en 1840. Describe las barriadas de migrantes irlandeses -los más pobres entre las clases laboriosas-, los/as niños/as hambrientos y solitarios vagando por las calles, las mujeres vestidas con harapos, el hambre en cada rostro; pero también visita zonas de prostitución callejera, fábricas y prisiones, para encontrar una explotación sin techo ni regulación. Pocos años después, propone crear *La unión obrera*: una internacional de obreras y obreros que se diera sus propias estrategias para paliar la vida más allá del mercado laboral. Imaginaba lugares de cuidado de las infancias y de las vejezes, de quienes estaban enfermos y no podían trabajar. Les llamó palacios y su último año de vida lo agotó en una gira por las ciudades de Francia para convencer a los/as trabajadores/as de que la redención sólo estaría en sus manos. Ese esfuerzo hermoso, realizado bajo el signo del feminismo (un capítulo fundamental del libro está destinado a considerar la opresión de las proletarias del proletario), tiene un aire insurgente y reparador, que no deja de anticipar lo que Eva Perón pensó desde la Fundación que llevaba su nombre: se trata de crear condiciones de reproducción de la vida más allá del mercado, y que esas condiciones sean dignas, que no humillen a quien recibe, poniéndolo en el lugar de recepción de la dádiva de lo menoscabado.

El experimento anarco-capitalista es el esfuerzo de borrar todas esas capas, esas creaciones sociales que pro-

curan no dejar en manos del mercado todas las cuestiones. Lo hace al grito de "no hay plata", pero la razón de hacerlo no es económica ni financiera. Por el contrario, se trata de una apuesta a la más profunda modificación de las formas en que se organiza la sociedad y, por lo tanto, de cómo nos convertimos en sujetos de y en esa trama común. No es una batalla argentina, sino que Argentina es el campo de batalla, el escenario clave hoy, de una reconfiguración global. Y si es clave es porque es una de las formaciones socio históricas donde más eficacia y persistencia han tenido, en toda la región, esos modos no mercantiles de fundar lo social. Con todas las interrupciones, idas y vueltas, mutaciones internas y traspíes, el peronismo construyó una idea de lo social y de la regulación estatal que es objeto de los ataques más virulentos en el presente. Enuncian que vienen contra la "decadencia" de setenta años de peronismo, porque nombran así a la insistencia en separar la reproducción de la vida y su resolución mercantil. Si Chile fue el laboratorio clave del neoliberalismo para toda América Latina -y ese experimento se desarrolló bajo condiciones de terrorismo de Estado-; Argentina es hoy el laboratorio del anarco-capitalismo, una remodelación de la vida social y del Estado, que no se priva de violencia represiva ni de gestos ampulosos, que está en cada detalle y en cada procedimiento, y cuya legitimidad surge de las urnas y de la maceración persistente de la conciencia social en el reino del algoritmo y la sumisión tecnológica.

Tras la grandilocuencia presidencial, hay un plan sistemático, minucioso, que compone nuevas condiciones de vida: desde la suspensión del calendario de vacunas hasta el ataque económico y discursivo contra las instituciones públicas de conocimiento, las universidades y el sistema científico. Alguno de sus ideólogos ha dicho que las universidades son el núcleo más resistente de la batalla cultural, allí donde el discurso libertario no ha podido prender porque aulas, pasillos, textos, docentes, estudiantes, seguimos sosteniendo, mayoritariamente, otros modos del lenguaje, otras formas de leer y de concebir lo común. Llamamos adoctrinamiento a la preservación del pensamiento crítico, pero es probable que la mayor distancia surja de ese otro modo de hablar, de considerar lo complejo, lo mediado, que es propio de las universidades. Y, no menos relevante, el ataque contra la gratuidad, porque se trata de poner toda la riqueza social bajo la forma de la mercancía. Así ocurre con los bienes comunes, desde los que llamamos recursos naturales hasta las creaciones humanas, que se ponen en estado de privatización, apropiación y venta. Ni siquiera el cuerpo humano ni las crías humanas serían exclu-

das de tal régimen general de circulación de mercancías. Con un ojo miran al futuro de la inteligencia artificial, con el otro la genealogía colonial, porque no son ajenos a la idea de trazar una separación entre humanos y no tan humanos, que sólo estarían allí a efectos de disponerse para la explotación y la procreación. La restricción que impulsan de los derechos reproductivos tiene como línea explicativa última esa destitución de la humanidad para parte de la población.

Pero entre el plan y la realización, algo puede fallar. Mejor dicho, la historia es la de los tropezones que da todo plan, porque las sociedades no son superficies vacías sobre las que se puede trazar una obra de ingeniería y torcer su curso a voluntad, sino un conjunto de relaciones que implican conflictos, poderes, fuerzas dispares. Un plan se traza en un escritorio, pero para hacerse realidad debe transigir con fuerzas que lo confrontan, le dan otros sentidos, lo minorizan. Así, lo que es imaginado como una estatua de mármol, muchas veces resulta un espantapájaros de retazos, porque la inscripción en la trama real implica recortes, suspensiones, adecuaciones. Si es así, la pregunta que nos hacemos ante la coyuntura no debe ser solo sobre el experimento de gobierno sino también por las fuerzas que podrían resistirlo o por la debilidad con la que se lo hace.

Por el lado del plan o el experimento: su carácter refundacional implica la definición de una serie de adversarios a destruir. El peronismo en tanto “colectivismo” -con una encarnación ineludible en los sindicatos de trabajadores/as-; los feminismos y luchas por la identidad de género y la multiplicidad sexual -y en este punto, parecen venir a coincidir con algunos sectores que aprovechan la volada para decir que todo era un exceso, un rulo imposible de derechos, que no afectarían la materialidad de la vida, como si hubiera mayor materialidad que la que hace a los cuerpos, los afectos y la sensibilidad- y al movimiento de derechos humanos -en este plano, porque a veces a los gritos y con visitas públicas, y otras en el plano del secreteo o de la apelación tramposa a alguna totalidad de la memoria, pero lo que está en curso, con esos matices, es la anulación del pacto del nunca más al terrorismo de Estado, pacto erigido sobre la idea de que no hay violencias equivalentes, sino una especificidad absoluta a la que hay que condenar y evitar su repetición, de los crímenes de lesa humanidad. Entonces, peronismos, feminismos y movimientos de derechos humanos, aparecen como los tres enemigos del experimento gubernamental, con su séquito de voceros, twitteros y streamers, pero a la vez son los tres movi-

mientos que han desplegado, con tenacidad y lucidez, las disputas por la ampliación de derechos en Argentina. Quiero decir: no se equivocan en designar la enemistad, porque el país que vienen a destruir es el que se fue construyendo en esos esfuerzos militantes, institucionales, callejeros. Y que no pueden pensarse como líneas separadas sino que supusieron intersecciones y mutua alimentación. Ese país en el que cada 24 de marzo una multitud se reúne en las calles para decir que la discusión sobre el pasado es siempre sobre el presente y el porvenir. En la última década ese 24 continúa y refuerza las enormes movilizaciones de los paros internacionales feministas que se cumplen cada 8 de marzo. Hay pactos fundantes y composiciones novedosas, antiguas militancias y jovencísimos activismos.

Pero esos tres movimientos, en su despliegue, no dejaron de producir zonas ciegas, discusiones soterradas, cristalizaciones rígidas, desapegos con otras luchas. Silenciar eso, en nombre de qué se trata, efectivamente, de lo mejor que tenemos en nuestra historia y de lo más atacado, no los preserva sino que los convierte en objetos de un anecdotario parcial y esquivo a la transmisión hacia otras personas que no pertenecen a esos campo o son cada vez más jóvenes. La realización de los juicios de lesa humanidad, la persistencia de las prácticas de memoria, coexistió con el silencio sobre la consideración de las luchas insurgentes: silencio porque había que insistir en la condición de víctimas de quienes habían sido detenidos/as-desaparecidos/as; silencio porque no podíamos considerar la cuestión de la violencia sino como práctica absolutamente desterrada del movimiento popular; silencio porque era incómodo el tema de las reparaciones económicas. El pacto del Nunca Más dejaba un fuera de campo, una zona de lo impensado, en la que florecieron las militancias y activismos de las derechas, empeñados en revisar todo lo hecho, pero no para reponer el fulgor de los compromisos con sus aristas problemáticas y radicales, sino para producir la equivalencia intolerable entre unas y otras violencias, entre las fuerzas políticas que fueron objeto de la aniquilación y quienes desplegaron el dispositivo concentracionario más cruento imaginable. Equivalencia y denigración, porque si el macrismo había instalado la idea del “curso de los derechos humanos”, este gobierno refuerza el ademán al mismo tiempo que instala la reivindicación del terrorismo de Estado. Asumen que son su continuidad por otros medios, pero van a recoger todos los hilos de lo que no se consideró con la crítica necesaria para zurcir esa versión falaz de la historia que traen en sus manos.

No es menos gravoso lo que pergeñan contra los feminismos y las luchas queer, conjugando el resentimiento y la hostilidad de muchos varones jóvenes que se sintieron amenazados por la transformación de los vínculos sexo afectivos y las prácticas sedimentadas de la masculinidad, con un embate general contra lo que son tratadas meras luchas simbólicas, que no afectan la materialidad de la vida. Si lo primero no es ajeno a un hilo del movimiento social, que caminó por el tembladeral con ansias punitivas y descargando en cada sujeto la responsabilidad entera de la estructura patriarcal; lo segundo recoge una dimensión no menos problemática, la de la resolución formal de cuestiones que no lo son. Asistimos diariamente a la separación de la materialidad de los cuerpos, la sensibilidad, los afectos, la sexualidad respecto de la que nombran del hambre, como si fueran cosas distintas y nuestras vidas enteras no transcurrieran con todos esos planos. Si responder a la dura querrela que están planteando contra el movimiento de derechos humanos nos exige salir de sus zonas ciegas, aún en un momento especialmente difícil; contestar los ataques a los feminismos requieren esa comprensión crítica del doble límite que implica pensar desde el castigo y la individualización, y desde la formalización antes que la carnadura. Nos obliga a pensar esa experiencia vivida, pero también a suspender la facilidad del sujeto dado de los feminismos, de esa afirmación de la mujer como centro de una verdad que se debería aceptar y reconocer de modo apriorístico.

¿Y cuánta corrosión no ha sido considerada en el mayor movimiento popular de nuestra historia y en las estructuras sindicales que a él se vinculan? ¿Cuánta separación entre dirigentes y pueblo? ¿Cuántas concesiones a las viejas rutinas de la política, que indican lógicas opacas de acumulación y financiamiento, construcción de círculos de confianza que terminan construyendo ineficacia en la gestión de los asuntos públicos? ¿Cuánto de exhibición del bienestar de los y las profesionales de la política frente al creciente malestar de la población? ¿Cuánto de vociferar querrelas internas en lugar de construir estrategias convincentes de confrontación respecto de las políticas del daño? No se trata de revertir sobre el partido político popular las miradas que enarbolan sus detractores, sino de interrogar cómo se ha construido y afirmado la separación con las mayorías sociales, qué abonó el cansancio y la desconfianza, como para que las masas voten con esperanza a sus verdugos. Hay, claro, posiciones dominantes en los medios de comunicación, poderes económicos concentrados, subjetivaciones eficaces a partir de las redes sociales y

las tecnologías informáticas, pero eso prende sobre un terreno fertilizado por el hartazgo o el desánimo que produce la separación entre la retórica de los derechos y la efectiva capacidad del Estado de garantizarlos. Cuando ese hiato crece, como ocurrió en los últimos años, el discurso sobre los derechos es traducido como afirmación de los privilegios de unos/as pocos/as, en especial de quienes lo enuncian.

La antipolítica prendió en ese acorralamiento de la política a un no-hacer, a un hacer limitado, precario. Esa impotencia surge de la disminución evidente de la autonomía relativa del Estado frente a los poderes económicos y las clases dominantes. La deuda externa, la escasez de divisas, evidentemente menguan la capacidad de hacer, de modo autónomo, para un gobierno democrático popular. Pero es peor si eso ocurre mientras se sigue declamando que se hace lo que no se hace, o mientras la palabra política se reduce a la esgrima de posiciones diferentes dentro del mismo espacio, en lugar de tramarse como una explicación capaz de organizar a la ciudadanía en la comprensión del problema, de los obstáculos y en la deliberación de las posibilidades. La antipolítica crece cuando el chisme palaciego reemplaza la elaboración colectiva, porque cada quien es tratado como perteneciente a una u otra facción antes que como parte de un pueblo que debe afrontar dilemas comunes.

Nos vuelve, una y otra vez, la pregunta por la debilidad de las resistencias. El contrapunto entre el presente y lo ocurrido entre 2016 y 2019, cuando muchas tramas se activaron para evitar la transformación de las relaciones laborales, los despidos a mansalva, la reducción brutal de lo público, nos coloca ante la angustiante comprobación de que hoy lo que podemos nombrar resistencia es más acotado, minoritario, desvaído. Y eso no tiene que ver sólo con la precisión de los protocolos represivos y la amenaza que se deriva de su aplicación, sino que -vale como hipótesis- hay un desánimo social que proviene de la ineficacia gubernamental del ciclo anterior. Porque en 2015 había una fuerza política consistente, derrotada electoralmente pero con liderazgos claros. Eso no ocurre hoy, donde el escenario parece proliferar en gestos públicos y componendas secretas, y la memoria reciente trajinar más de resentimiento que de huellas felices en las que anclar la posibilidad de decir y actuar la confrontación a este orden de cosas.

El pasado siempre se presenta de muchos modos, pero también como restos, desechos, ruinas y huellas. No como una plenitud a la que alcanzar ni custodiar sino

como una serie de fragmentos en los que podemos buscar el jeroglífico de una lucha por venir. Si miramos hacia atrás y vemos ruinas, no es inconducente preguntarnos qué se construye con ellas, antes que constituir las como objeto de una memoria melancólica. Se trata menos del esfuerzo por alzar los viejos edificios, que de tratar sus restos con la pregunta por su inclusión en una trama que desconocemos. Lila Feldman trae la idea de detritos, para pensar esos restos en los que se puede reconfigurar lo común: “detritos es un modo de anudarse de lo nuevo y de lo viejo. Son elementos heterogéneos, residuos desgastados y al mismo tiempo fundamentales para una recomposición. Los detritos son un modo en que la materia cuenta su propia historia.” Son, entonces, el núcleo de los sueños, allí donde se traza el resto con la imaginación. Una figura abierta al porvenir.

También podríamos pensar que lo que vive de ese pasado, serían las huellas, las que vienen de nuestras experiencias de felicidad colectiva, las que surgen de ese hacer eficaz y no impotente, las que surcan nuestras pieles, como cicatrices quizás invisibles. Contra un tiempo dominado por la crueldad, y en la que refulge el llamado al sacrificio, como apuesta a incidir sobre la temporalidad -sacrificarnos hoy para ganar un futuro, declarar al territorio zona de sacrificio, inmolar eugenésicamente a los/as débiles-, se hace necesario apelar a otros trazos de lo común, a las huellas de un común no sacrificial, comprometido y alegre. En todos los casos, con la cuidadosa atención de esas mechas deshilachadas, a las que solo una imaginación poderosa y una apuesta a la refundación de lo común, convertirá en trenzas.

Bibliografía

Didi-Huberman, Georges (2023). *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*. Adriana Hidalgo. Buenos Aires.

Faye, Jean-Pierre. (1974) *Los lenguajes totalitarios*. Madrid. Taurus.

Feldman, Lila (2024) "Los detritos y la potencia del desecho". *Página 12*, Buenos Aires. 24 de junio de 2024.

González, Horacio. (2021) *Humanismo, impugnación y resistencia*. Buenos Aires. Colihue.